

Orgullos y erratas¹

Hacer crítica de los escritos de George Steiner podría parecer un ejemplo más de esa literatura terciaria que nuestro polígrafo ha hostigado con singular saña en sus últimos libros, como es el caso de *Presencias reales*, si no fuera porque su obra ensayística posee la enjundia y capacidad interrogante (y, por tanto, perturbadora) de la mejor creación. Esto es una obviedad, pero una obviedad que conviene tener muy presente en cualquier acercamiento a su obra, en especial cuando toca aventurar algunas reservas al respecto de sus últimas encarnaciones.

Errata: An Examined Life (donde *examined* puede significar desde «revisada» a «interrogada») se presenta ante el lector como autobiografía o testamento espiritual de su autor. En rigor, esta breve memoria de poco más de ciento cincuenta páginas es un repaso o recapitulación de las diversas cuestiones que

han preocupado a Steiner desde sus primeros ensayos, hasta el punto de que casi todos sus capítulos (once en total) funcionan como apéndices o sumarios de libros previos. El lector encuentra, así, que el argumento principal de *Después de Babel* ha quedado reducido a veinticuatro páginas de apretada escritura, o que las disquisiciones sobre judaísmo de *En el castillo de Barbazul* se anudan a poco de empezar a las preocupaciones teológicas de sus últimos libros, o que el capítulo sexto resume con tersa lucidez su asombro ante el enigma epistemológico de la música, que ya constituía el tronco argumentativo de *Presencias reales*. Esta estrategia, tiene un curioso efecto anestésico: cada una de las áreas que Steiner ha tocado a lo largo de su vida queda reducida a un mero esqueleto, desprovista de las muchas digresiones, matizaciones y *caveats* que solían amenizar y enriquecer la lectura. Vale decir que *Errata* es un libro para admiradores y convencidos, y hay un indudable placer en admirar la agilidad y poder de comprensión de la mente de Steiner, capaz, ahora como siempre, de anudar múltiples sugerencias y líneas de pensamiento en un breve párrafo. Pero esa misma agilidad deriva en ocasiones en complacencia, o en una apología *per se* de la rapidez y el brillo expositivo que contradice, en la práctica, algunas de las preocupaciones más hondas y más sugerentes de esta escritura.

¹ *George Steiner: Errata: An Examined Life*, Weidenfeld & Nicholson, Londres, 1997, 186 p.

Un aspecto extremadamente interesante del libro es la decisión de Steiner de relacionar cada uno de sus intereses ideológicos con momentos cruciales de su propia vida. Los recuerdos de su infancia en París, donde empezó a leer a Homero bajo la tutela volteriana de su padre (a quien, por cierto, describe con indisoluble admiración), sus impresiones posteriores de Nueva York y de Chicago, en cuya universidad veló sus primeras armas literarias, y las esquivas posteriores de memoria que los sucesivos viajes y residencias en Londres, Cambridge o Ginebra han ido dejando por el camino, constituyen uno de los atractivos de este memorial, hasta el punto de que el lector curioso o entrenado en el gusto anglosajón por el detalle termina por lamentar el pudor o la parquedad de Steiner, que no bien invoca algún suceso de su pasado salta rápidamente al dominio del ensayo y la especulación. Es evidente, a poco que se adentre uno en estas páginas, que para Steiner su vida son los libros, la música, y la constante reflexión intelectual. La inicial del nombre de su mujer aparece como por azar en un par de capítulos. Sus hijos no merecen más que una línea por persona, y son definidos como ejecutores de ciertos intereses latentes de su padre. Y sus amigos, invariablemente, son profesores, filósofos o críticos.

En este sentido, *Errata*, aunque escrito en inglés, se inserta por pro-

pia voluntad en la tradición centro-europea e incluso francesa de la autobiografía intelectual, a la manera de un Goethe o un Montaigne. Ciertamente, las raíces del proyecto ensayístico de Steiner se encuentran en ese rico palimpsesto de culturas y tejidos sociales que fue la centro-europa de principios de siglo, y algo en sus maneras de escritor traiciona su deseo de igualarse a la impresionante alineación de escritores e intelectuales judíos de este siglo: Benjamín, Wittgenstein, Kafka, Celan, o incluso Canetti, a quien curiosamente no nombra, pese a que la *seriousness* del autor de *La provincia del hombre* tuvo que serle grata o, al menos, familiar. La comparación no es del todo justa ni válida (son dos diseños diversos de escritura los que se enfrentan), pero basta emplazar la autobiografía de Canetti al lado de la de Steiner para advertir cuán alicortado es el humanismo de este último.

A lo largo de su vida, Steiner ha sido objeto de cierta condescendencia por parte de sus colegas anglosajones, más inclinados, ya sea por temperamento o por costumbre, a examinar cuestiones de detalle. No me parece ocioso detenerme en este punto, puesto que es el responsable de algunas actitudes recientes de Steiner que deforman un tanto su escritura. La ambición evidente de su proyecto, su tendencia a enfrentarse a los «grandes interrogantes», como apunta la solapa de *Errata* con inconsciente ingenuidad, y el amplí-